

A photograph of three glass bottles hanging from a dark wooden structure over the ocean at sunset. The sun is low on the horizon, creating a bright, golden glow that reflects on the water's surface. The bottles are partially filled with a dark liquid. The bottle on the right has the text '1 LITRO' printed on it. The overall mood is serene and contemplative.

Y Sin embargo,

a pesar del desplazamiento,
Seguimos juntos

Todos los días doña Rosalba y don Rafael, una de las tantas parejas víctimas del conflicto armado interno colombiano y de los desplazamientos forzados, pero de las pocas que aún se conservan unidas, salen de su pequeña “mejora” ubicada en los cerros del barrio Luis R. Calvo, a las 4:30 a. m. para iniciar sus labores en el mercado público de la ciudad de Santa Marta.

Aunque poseen algunos cultivos en los terrenos que invadieron hace más de trece años cuando llegaron del corregimiento de Cantagallar (perteneciente al municipio El Piñón, departamento del Magdalena), sagradamente fían en las bodegas del Mercado \$200.000 en frutas y verduras, especialmente en plátanos, que deben pagar por la tarde al terminar de vender. Su puesto de venta les permite ayudar a costear los gastos de los medicamentos para la epilepsia de Yoleidis -una de sus hijas menores-, conseguir algunos víveres y consolidar las relaciones con los esposos de sus hijas, quienes también trabajan en el mercado. De esta forma, las ganancias producidas por un largo día de trabajo oscilan entre los \$30.000 o \$40.000.

Aproximadamente a las 5 p. m. regresan a su hogar, aquel que compraron sin título de propiedad por \$450.000 hace 11 años, gracias a que una “bruja” del barrio les dio el número de la suerte con el que se ganarían la lotería. Hoy en día, recuerdan ese episodio de sus vidas como uno de los más felices, pues lograron conseguir un hogar propio luego de vagar durante 2 años, mudándose a viviendas que a duras penas podían pagar o incomodando a unos familiares del señor Rafael.

En ese espacio o “mejora”, como generalmente lo denominan, en el que predominan las tablas y los bloques como elemento de construcción, disfrutaban cada día al lado de sus 11 hijos y sus 9 nietos, pese a no contar con los

servicios públicos fundamentales como agua y gas, y de tener uno que otro agujero por donde se filtra el agua en las temporadas de lluvia.

La vida en Cantagallar

Trece años atrás, la vida de la familia Jiménez Calvo en el pueblo era muy tranquila, se dedicaban a cultivar en las parcelas que poseían en el sector llamado La Playa del corregimiento de Cantagallar, ubicado a pocos minutos -en las afueras- del municipio El Piñón, perteneciente al Departamento del Magdalena. Mientras el señor Rafael se dedicaba a la agricultura y a la pesca, su esposa atendía a sus hijos, hacía las labores del hogar y vendía los productos que recogían de los cultivos. A raíz de la llegada de distintos grupos armados al corregimiento, la situación cambió drásticamente: pasaron a ser un pueblo inseguro y violento, en el que las personas vivían atemorizadas y encerradas en sus casas.

En el día era más fuerte la presencia de guerrilleros, y por las noches se encontraban los paramilitares, quienes ordenaban quitar la electricidad en el corregimiento para cometer sus crímenes y atropellos. Aunque la falta de luz eléctrica por ciertas horas en Cantagallar fue algo normal -como en la mayoría de los municipios de la región Caribe-, la ausencia de este servicio en las noches se convirtió en la señal de

alerta. Señal que avisaba que algo malo ocurriría.

Dina Luz, la hija mayor de Rafael y Rosalba, quien en ese tiempo era tan sólo una niña, recuerda varias situaciones que quedaron en su mente, como las siguientes:

Recuerdo cuando se metía la guerrilla, cuando los grupos se metían allá, Ya uno no podía ni dormir, pero cuando uno ya llegaban ellos y uno tenía que cerrar las puertas, nos mandaban a cerrar las puertas, no podía uno salir. Vivíamos como amenazados. Una noche en la que se fue la luz en la noche, y como yo era la mayor de todos los hermanos, me mandaron a comprar en la tienda unas velas. Cuando llegué a la tienda me preguntaron unos hombres ¿qué haces por aquí?, les respondí muy asustada que comprando unas cosas. Al cabo se escucharon unos disparos, habían matado a unos señores, por lo menos alcance a esconderme. En la mañana nos enteramos a quiénes habían matado y cómo les habían sacado los sesos. (Entrevista realizada en el barrio Luis R. Calvo a Dina Luz, 28 de marzo de 2011).

Así mismo, los grupos armados realizaban reuniones, en las que se exponían las reglas de juego y las consecuencias que traería no cumplirlas, por lo cual la asistencia a las mismas era obligatoria, convirtiéndose incluso en un factor de vida o muerte. Entonces establecieron que los hombres no podían

...usar el cabello largo, y mucho menos tener comportamientos poco varoniles, porque eran inmediatamente juzgados por homosexuales, como si dicha orientación resultara ser un pecado o un error gravísimo.



usar el cabello largo, y mucho menos tener comportamientos poco varoniles, porque eran inmediatamente juzgados por homosexuales, como si dicha orientación resultara ser un pecado o un error gravísimo. Por su parte, las mujeres debían vestirse decentes, nada de faldas o pantalones cortos ni de andar con prostitutas ni con chicas de mala reputación.

También era obligatorio mantener las calles limpias; y las cercas de los ranchos debían ser construidas con una medida menor a un metro, todas iguales, procurando que fueran pintadas de un solo color. Pero las personas no eran las únicas víctimas, pues incluso los animales no se salvaban de las ansias de sangre y de los crueles actos cometidos por dichos grupos.

El pueblo pues ahora es tranquilo, antes si había (violencia), cuando estaban los paracos, cuando se iba la luz, que ese era el momento en que iban a matar a una persona. Bueno, ajá, como ya se ha acabado eso, ya el pueblo está tranquilo... Recuerdo que antes uno no tenía que salir, ni lo cerdos porque los mataban, tenían que estar las cercas parejitas, si decían medio metro, todas

tenían que ser así, y tenían que estar las casas pintadas; no estar en las calles, ni lo animales en las calles. Tenían que estar las calles barridas, desde ya, a partir de las 7 de la noche tenían que estar todas las personas recogidas. Pero ya después ahí, ya las personas de Cantagallar no les tenían miedo a ellos, porque ya después los cantagalleros se cogieron, que cómo se llama, que ya no tenían que tenerles miedo a ellos. Entonces ya respetaban el pueblo, no como allá en Tío Gollo. En Tío Gollo sí, ellos sí hacían masacres, pero fue más en, cómo es que se llama, en las Pavitas, en los corregimientos hubo más masacre que allá en el pueblo. *(Entrevista realizada en Cantagallar a Julieth, tercera hija del señor Rafael y doña Rosalba, 23 de mayo de 2011).*

En la época de violencia, uno veía tantas muertes, a veces lo mataban a uno así despierto, uno no podía pararse en la puerta porque lo mandaban pa dentro, que si no se metía pa dentro lo disparaban. Era el hecho que, como ellos andaban así, veían una res, y si les daba la gana de matarla la mataban, porque como eso es un caserío y así pasa la carretera que va para el municipio. Y como ellos están cada ratico yendo y

viviendo. A una tía mía le mataron un burro, lo tenía bien pastoreado a la orilla de la carretera y le pegaron dos tiros en la frente y lo mataron enseguida. Andaban como locos, que no tenían ni pa, cuando no tenían así como que era gente pa matar; mataban lo que encontraban, mataban los animales. *(Entrevista a Yamile, esposa de Wilfrido, hijo del primer matrimonio de doña Rosalba, 10 diciembre de 2011).*

De esta forma, en el corregimiento de Cantagallar, como en la mayoría del país, se implantó un régimen de terror para controlar tanto aquellos extensos territorios ricos, hoy empleados en el cultivo de palma africana, como para dirigir a la población que vivía atemorizada porque generalmente era culpada de ser colaboradora de un grupo armado, había presenciado el asesinato de uno de sus seres queridos o había sido amenazada. Así lo confirman los relatos, de las siguientes mujeres de la familia Jiménez Calvo:

Vivíamos como angustiados, sobre todo donde yo me quedada, porque la señora se iba a lanzar para el Consejo, y los paracos la amenazaron, porque si no se retiraba la mataban, entonces cada ratico

iban a la casa a molestarla. Pero ella se lanzó, y con el favor de Dios ganó y no le hicieron nada. Ella volvió a lanzar ahora, pero perdió. (Entrevista realizada en Cantagallar a Dayalis, sexta hija del señor Rafael y doña Rosalba, 23 de mayo de 2011).

Yo me vine pa' acá, porque cuando eso estaban los paracos a lo mejor, me mataron a un hermano, luego me mataron a una hermana mía, la sacaron en la noche, si no la sacan la matan también la misma noche que mataron al hermano mío. Mataron a unos primos, cogí miedo y me vine. Yo salí sola, porque el problema era con la familia de acá de nosotros; los pelaos sí se quedaron allá con la familia de la abuela de parte de papá. (Entrevista realizada en el barrio Luis R. Calvo a Yamile, esposa de Wilfrido, 10 de diciembre de 2011).

Don Rafael preocupado por la agobiante situación que se vivía en el pueblo decide irse a la ciudad de Santa Marta donde tenía algunos familiares. Cuando llega a la urbe, uno de sus hermanos lo recibió en su hogar ubicado en el barrio El Pantano. Durante el tiempo que estuvo separado de su familia se dedicó a trabajar fuertemente para enviarle dinero a sus seres queridos, con la esperanza de sacarlos algún día de ese violento lugar.

Los miembros de la familia recuerdan esta etapa como una de las más difíciles, no sólo por la violencia que presenciaban en el corregimiento y la muerte de algunos familiares, sino porque siempre habían estado unidos por encima de todo. Con el tiempo, el señor Rafael logra conseguir el dinero suficiente para ir en busca de su familia y sus suegros. Pero los padres de doña Rosalba, bastante ancianos y empedernidos, les dijeron que “así corrieran peligro de su territorio no los sacaba nadie”. Es así como con ganas de salir adelante,



Vivíamos como angustiados, sobre todo donde yo me quedaba, porque la señora se iba a lanzar para el Consejo, y los paracos la amenazaron, porque si no se retiraba la mataban,...

conseguir un buen empleo, brindarles mejores condiciones de vida a sus hijos, y olvidar aquel pasado que los atormentó, la familia Jiménez Calvo salió de su lugar de origen en busca de un sitio libre de violencia y terror.

La vida en el barrio Luis R. Calvo

La llegada de la familia a la ciudad no fue fácil, pues a pesar de tener uno que otro familiar que le brindó apoyo y un techo para vivir durante cierto tiempo, el ser desplazado de su territorio transformó radicalmente su proyecto de vida, sus actividades cotidianas, su relación con la naturaleza, y sus formas de interactuar con los demás, debido a que sobre la persona desplazada hay toda una serie de estigmas y calificativos negativos que dificultan establecer relaciones o conseguir un buen empleo. A esto se le suma la angustia por conseguir un lugar donde vivir.

Fue duro (el tránsito del campo a la ciudad) porque nos tocaba alquilar casa, a veces ya un mes y teníamos que desocupar. El cambio más fuertes es que uno aquí no conocía a nadie, ya no podía salir en la noche, no podía jugar con nadie, como uno no conocía a nadie, ya las amigas ya tenía uno que hacérselas a medida que uno fuera conociendo. (Entrevista realizada en el barrio Luis R. Calvo a Dina Luz, 10 de diciembre de 2011).

Yo llegué aquí, cuando llegué a trabajar, llegué donde una tía, que vive en el barrio Divino Niño. Uno aquí en la ciudad pasa mucho trabajo, no es igual como en el pueblo. No conocía a nadie, ya uno se viene de una parte y viene a experimentar otra vez en otra parte. No es lo mismo cuando uno está en una parte que ya uno crece ahí, uno conoce a todo mundo, ya saben de dónde viene, porque para irse para una parte, para experimentar, para comenzar otra vez de nuevo. Hasta que uno no se hace ya a la

idea, o sea yo ya en los años que tengo de estar viviendo aquí, ya estoy hecha. Pero al comienzo sí me dio duro, me hacía falta mi gente, me hacían falta mis amistades. Y uno cosa que cuando yo estaba allá tenía mi cría de animales, de gallina, pavos, cerdos y todo eso lo deje botado por el miedo. (Entrevista realizada en el barrio Luis R. Calvo a Yamile, 10 de diciembre de 2011).

Luego de vivir arrendados por dos años en distintos barrios de la ciudad, la familia contó con la suerte de que la “bruja” del Luis R. Calvo les diera los números de la lotería con que se ganarían el dinero que les permitió tener una vivienda propia, y comenzar de cero en dicho barrio.

El Barrio Luis R. Calvo se encuentra ubicado al nororiente de la ciudad de Santa Marta, y atendiendo a la forma de organización y distribución del espacio de la ciudad, pertenece a la comuna 5, junto con otros 50 barrios y urbanizaciones. Fue fundado el 5 de noviembre de 1990 a partir de una serie de invasiones lideradas por el señor Luis Roberto Calvo, razón por la cual el barrio lleva su nombre. Desde sus inicios el barrio ha estado en constantes procesos de luchas para adquirir los servicios públicos y lograr la titulación legal de los predios.

El sector del barrio Luis R. Calvo donde se ubica la familia Jiménez Calvo, está habitado en su mayoría por personas desplazadas del corregimiento de Cantagallar, quienes no sólo se encuentran vinculados por provenir del mismo lugar, sino porque son familiares. A medida que la situación económica mejoraba en la ciudad, las voces se iban regando y con esfuerzos se fueron viniendo los demás familiares del señor Rafael.

Al llegar al sector, al que se refieren algunos habitantes del barrio -

especialmente los que están asentados en la entrada del mismo y con mejores condiciones económicas- empleando términos y expresiones peyorativas, es evidente el cambio en las dinámicas de la población y el espacio geográfico. El paisaje se asemeja al de las zonas rurales, predominando los pequeños cultivos y gran cantidad de animales, como gallos, caballos, burros y chivos. Es decir, apropiaron este espacio urbano con los elementos característicos del campo, quizás como una forma de resistencia cultural o para adaptarse mejor a la vida en la ciudad.

A medida que las hijas de doña Rosalba y don Rafael se casaban y formaban sus hogares, sus padres les iban cediendo parte de su terreno para que poco a poco construyeran sus mejoras, y sus yernos eran vinculados al trabajo en el mercado. De esta forma, la familia está distribuida en cinco mejoras aledañas, pues ante todo desean conservarse unidas para afrontar como lo han hecho hasta ahora las adversidades, y ayudarse incluso en sus trabajos. Las mejoras están rodeadas por todos lados de pollitos, huevos, gallinas y sus seis perros Felipe, Laisa, Monchi, Anita, Muñequín y Muñeca.

Si bien su unión se debe a las fuertes relaciones de parentesco y afecto que existe entre ellos, conservarse juntos, a diferencia de la mayoría de las familias desplazadas, constituye una estrategia para sobrevivir y colaborar cuando cada uno lo necesite. Así, cuando en una mejora hace falta el almuerzo, medicina o los pasajes, lo consiguen en una de las otras. El punto de encuentro de la familia es la mejora donde viven doña Rosalba, su esposo y sus hijos menores. Allí se reúnen desde las 5 p. m. para preparar la cena, jugar, apostar unas cuantas monedas en el “cuco”, y ver novelas, que son el espacio de diálogo y discusión de la familia. ■

Conclusiones

Una de las grandes problemáticas presentes en el país a raíz del conflicto armado, han sido los desplazamientos forzados que vienen afectando a muchos colombianos, especialmente a los campesinos y habitantes de las zonas rurales. Esos procesos violentos a través de los cuales los grupos armados obligan a las comunidades a dejar sus lugares de origen, implican procesos de desterritorialización, desarraigo cultural, rupturas en el tejido sociocultural y en las prácticas cotidianas, no sólo en los lugares de origen, sino en los de recepción de las comunidades.

Asimismo, los desplazamientos vienen acompañados de una serie de impactos culturales, económicos y políticos en las sociedades, y más específicamente en la institución de respaldo encargada de crear y preparar a la siguiente generación, es decir, la familia.

Generalmente las familias que han sido desplazadas por la violencia terminan segmentándose o en el peor de los casos destruyéndose. Son pocos los casos en que las familias logran conservarse a pesar de todas las situaciones y cambios que han experimentado, tanto en sus formas de vida como en la forma de relacionarse con los demás. Por ello la separación de las familias o el abandono de los hombres a sus esposas al llegar a las ciudades se considera una costumbre.

Sin embargo, un claro ejemplo de que las familias desplazadas pueden continuar unidas pese a las secuelas inmensas del conflicto armado, es el caso de la familia Jiménez Calvo. Aunque víctima de la violencia y testigo directo de los crímenes y atropellos cometidos hacia las comunidades más vulnerables, se ha mantenido unida, creando lazos fuertes de solidaridad, a tal punto que de una u otra forma sus integrantes han buscado estar cerca.

En definitiva, mientras los hombres se van al mercado a trabajar y llegan por las tardes a sus hogares, las mujeres de la familia no solo son amas de casas, sino que elaboran el trabajo más pesado y enriquecedor: acrecentar la unión y los lazos de parentesco de la familia, pues a partir del cuidado a sus hijos, hermanos y sobrinos han fomentado la cohesión familiar.